

UN ARQUITECTO: JOSE ANTONIO CODERCH

José Antonio Coderch es un arquitecto cuya línea de trabajo, a lo largo de veintitantos años de profesión, presenta algunos aspectos que pueden, sin duda, resultar aleccionadores. José Antonio Coderch es, en este sentido, un maestro. (Estas opiniones son personales, y, por eso mismo, no conviene que sirvan para despertar ningún posible resquemor entre algún arquitecto cuyo volumen de obras, capacidad de trabajo, importancia de realizaciones o años de ejercicio profesional puedan ser superiores. No se trata de organizar un campeonato.)

Pretendo solamente señalar las notas más significativas de su quehacer de arquitecto, porque estimo que pueden sernos útiles a muchos.

De manera que tendré que discurrir a lo largo del filo de la espada que separa el desaforado canto de alabanza de la fría observación.

También tendré que elegir dos o tres cosas y dedicárselas a aquellos compañeros que gustan de su propio oficio—que lo aman casi—y lo haré con el convencimiento de que tal afecto suyo, acaso sea la mejor manera de servir al prójimo. Lo que también nos hace falta.

José Antonio Coderch es un arquitecto cuya relación de obras es más bien corta hasta el momento: el volumen de las mismas no es importante; la mayoría de ellas son pequeñas. Las más notables, por su tamaño al menos, le alcanzan al borde de los cincuenta. No se aprecia la prisa en su labor.

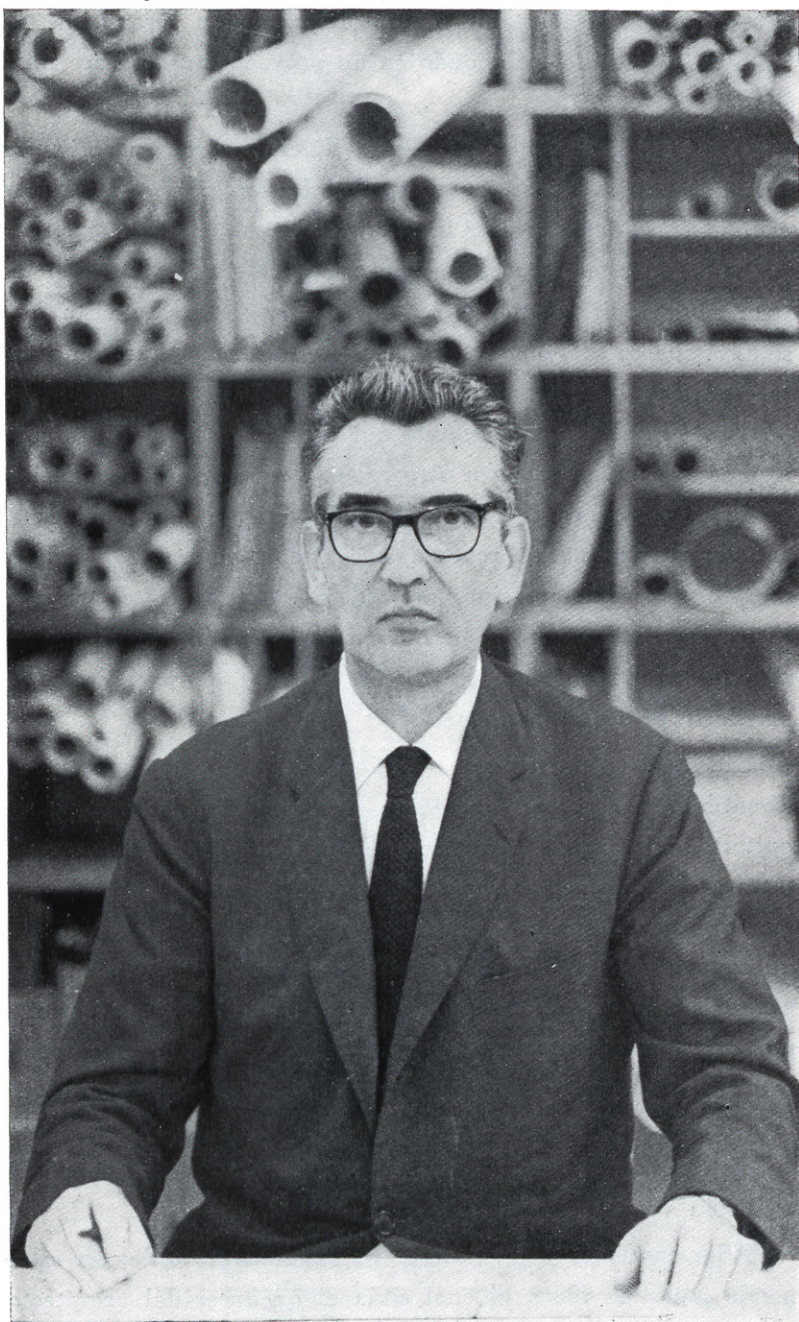
Concienzudamente, afinadamente también, José Antonio Coderch ha venido aclarando, obra por obra, unas pocas maneras, unos cortos modos de hablar en arquitectura, unos poquitos medios expresivos, con una sencillez nada espontánea, y, en cambio, muy fecunda y duradera. (Esto lo digo acordándome de que lo espontáneo no tiene gran cosa que ver con lo intuitivo. Lo espontáneo es veloz; lo intuitivo, misterioso.)

Tales maneras, al parecer de fácil reproducción por su limitado repertorio formal, vienen pulidas, lavadas y enjuagadas desde Sitges al Girasol. Como los cantos rodados en su persistente y repetido perfilarse.

Este es uno de los aspectos que, a mi entender, presentan mayor atractivo por su contenido didáctico, para los que queramos hacer uso de él. Es decir, aquel constante y estupendo control del profesional que se sostiene a caballo entre el modista y el inventor.

El señor que aguarda con calma el empuje de lo nuevo y que se aguanta las ganas de crear obstinadamente. El que recrea más que nada.

Augusto Rodin, en su testamento espiritual dirigido a los



jóvenes artistas, les decía cosas como ésta: “¡Paciencia! No contéis con la inspiración. No existe. Las únicas cualidades del artista son: prudencia, atención, sinceridad, voluntad. Cumplid vuestra tarea como honrados obreros...” Esto mismo ha pedido muchas veces José Antonio Coderch. Estos han sido sus medios de trabajo.

José Antonio Coderch, *intuitivamente*, en muchos casos; acaso subconscientemente, sin la alegre inspiración al estilo romántico; haciendo uso de sus facultades más claras y adecuadas ataca los problemas, a su manera, con una dedicación muchas veces nocturna. Se le podría llamar surrealista porque acaso tira del sueño, atento al detalle que se escapa entre los dedos. Se adormila entre los problemas, los elabora, los duerme. Con atención y con prudencia muy medidas.

He visto a José Antonio Coderch en su casa de Barcelona, a

veces cansado, inconstante, extraordinariamente veraz... Le he visto en su estudio trabajando en un proyecto nuevo, hace unos días...

Se miran las secciones de Torre Valentina, con su ansia por “ver hacia fuera”. (Las ventanas sobre las terrazas, para ver por encima. Para dejar escajar la vista por el aire hasta el mar.)

Se cogen estas secciones—digo se abaten—y tenemos casi las plantas del edificio que está proyectando ahora. La vista que se escapaba en sección vertical sobre las terrazas—ahora en planta—se escapa por derecha o izquierda hacia fuera.

Tengo la absoluta certeza de que tal transposición de sección a planta de un proyecto a otro requiere una increíble atención que hace grabar, como en una pantalla cerebral, aquel problema, aquella inasequible, aparentemente, solución que quedó señalada no sólo para una obra, sino para toda una trayectoria de trabajo. Estoy convencido también de que la transposición de planta a alzado, el equilibrio entre los planos horizontales y verticales es privilegio de los grandes maestros.

Esta manera de trabajar—la forma de hacer del artista—es discutible, es atacable... Se habla del precio de la hora de arquitecto, del acogerse a estudios colectivos. El futuro de la arquitectura esté acaso en tales soluciones. José Antonio Coderch—según comentaba con él—es un “arquitecto de portal”, igual que un zapatero de portal—con aquella tremenda persistencia, a la vez machacona y somnolienta-surrealista que dicen—que permite un perfeccionamiento lento y sistemático de soluciones aparentemente elementales. Tan elementales que parecen haber sido vistas, halladas o inventadas antes.

(Esto, ahora que me acuerdo, es el auténtico sentido de la tradición viva.)

Tales condiciones de trabajo requieren, ante todo, un estuendo amor al oficio, el cual sitúa el quehacer del arquitecto en un plano de plenitud tan amplio que le permite permanecer a cobijo de cualquier acometida de servilismo formal al uso.

Está por encima de las ganas de tender hacia los modos de los grandes maestros. Permite admirar, e incluso amar, la obra de ellos sin perder aquella postura de absoluta y cautelosa libertad, fundamental para cualquier acto creativo.

La auténtica y verdadera libertad no es inconsciente; es cuidadosa, prudente y atenta. Pero en el extremo decidida y rotunda. Ninguna cosa puede haber más hermosa que ella ni más necesaria al artista. Es seguro el don más grande que recibió de Dios. (Muchos de aquellos “paladines” de la libertad, muchos de aquellos que la gritan por su nombre no suelen conocerla ni de vista.) “La libertad está allí donde vive un hombre que se siente libre”, decía Guareschi cuando estaba preso. Y el hombre que se *siente* libre, verdaderamente libre, no suele ser ni tonto ni inconsciente. Igual que no es valiente el insensato. José Antonio Coderch se ha mantenido absolutamente libre ante los grandes

maestros. Y los quiere y los admira. Que yo lo sé. Pero su tenacidad en la búsqueda le impidió siempre un alegre o cerril sometimiento.

La preocupación por proporcionar un buen servicio a sus clientes es otra de las constantes más claras en la obra de Coderch, hasta el punto de que tal preocupación ha llegado a transformarse en un elemento de trabajo. El diálogo con el cliente constituye para él una excelente herramienta para pulir las formas y lograr un mayor afinamiento en las soluciones. José Antonio Coderch *precisa*, para su quehacer, del encuentro directo con la persona para la que trabaja, de tal modo que—según indica él mismo—no se presenta a ningún Concurso “porque como no conoce al cliente, no puede hablar con él”.

(Con sencillez advierte cómo muchas soluciones de detalle le han sido proporcionadas por la propiedad. Y más aún el triángulo, necesario para toda obra, promotor o cliente, arquitecto y constructor, forma para Coderch una entidad en la que es indispensable la presencia de las tres piezas. La coincidencia de arquitecto y cliente no es válida tampoco.)

Tal servicio al cliente no implica adocenamiento, sino deliberada actitud de recopilación y aprovechamiento de datos. Pero en ninguna de las obras de Coderch se advierte un abandono en la búsqueda de soluciones. Tal dualidad de servicios—al cliente y a su arquitectura—constituyen, a mi entender, una ejemplar postura mantenida a lo largo de todo su ejercicio profesional.

Las promociones de jóvenes arquitectos que van saliendo de nuestras Escuelas repiten casi invariablemente—al ser preguntados por aquellos arquitectos que consideran en España “los mejores”—una corta lista de nombres.

Algunos de estos nombres quedaron incluidos en tal lista (que se transmite por tradición oral, y de la que no existe documento escrito, desde hace más de veinte años) por algunas obras interesantes, e incluso muy buenas; y se mantienen en la misma acaso por una cierta inercia propia de dicha transmisión verbal.

No se ha hecho, seguramente, una revisión seria de las trayectorias profesionales de tales “elegidos”, algunos de los cuales levantaron el dedo en el centro de la arena como aquel torero famoso y siguen con el dedo levantado en barrera de sombra.

José Antonio Coderch está sin duda en esta “lista” y se mantiene en ella—como algún otro—sin aspavientos. Con aquellas decididas veracidad, libertad y sencillez que vienen del sereno examen de los errores propios y proporcionan, entre otros agradables productos, el de la comprensión hacia el trabajo de los demás.

ARQUITECTURA dedica este número a la obra de José Antonio Coderch y a la Sesión de Crítica de Arquitectura sobre su más reciente obra, el edificio Girasol. Sirvan estas modestas notas como presentación de su figura.

FRANCISCO DE INZA.